

El cardenal Tarancón, testigo del cambio

Aquí no ha habido ruptura, sino cambio, lenta transformación, evolución de exigencias y mentalidades, de hábitos y ritos, de liturgias y preocupaciones. Una vez más, puede repetirse con razón que la historia no da saltos, aunque lo parezca. Ni el Vaticano II fue la causa última de la profunda evolución del clero y de la Iglesia española ni la instauración de la Monarquía desencadenó la transformación de la mentalidad del pueblo español, sino que, mucho antes, como puede ser detectado por mil signos, se producían intolerancias, desasosiegos e intentos de nuevas fórmulas, y aparecían en numerosas diócesis líneas pastorales que señalaban la nueva sensibilidad y los nuevos rumbos.

Naturalmente, esta profusa inquietud necesitaba cauces adecuados. El Concilio coincidió con este fermento, lo potenció y le dio un marco, una justificación y unos objetivos apropiados. Lo mismo podríamos afirmar del cardenal Tarancón, y de ahí el título de estas páginas: no fue el revolucionario peligroso que algunos precipitadamente condenaron ni el frívolo que actuaba sin plan ni objetivo, sino el testigo sensible de una época y de una sociedad, capaz de detectar el precio del mercado, es decir, las angustias e

ilusiones, las necesidades y búsqueda de la comunidad eclesial en este momento que le tocó vivir. Y dispuesto a orientar y satisfacer en cuanto era conveniente y necesario las peticiones y exigencias de los cristianos.

Me parece importante situar la figura del arzobispo de Madrid en esta perspectiva. Al modo de un coro griego, ha sido toda la Iglesia española el auténtico protagonista del cambio, a veces traumático y tortuoso, siempre impetuoso y renovador. En este período, el cardenal Tarancón ha sido una pieza fundamental. Otro en su lugar no hubiera impedido el cambio, pero probablemente éste hubiese resultado menos pacífico, más conflictivo, menos armónico. Nada hubiera sido igual sin el cardenal, pero no podemos ni debemos atribuirle un protagonismo que no le fue propio y que no le añade más gloria ni prestigio. Tarancón cree en los hombres y se fía de ellos; ni manipula ni se deja manipular; es un hombre libre, pero no caprichoso; un hombre capaz de sugerir y proponer, pero reactivo a imponer, que juega con lo posible y huye de la intransigencia. Es decir, su respeto por los demás —obispos, sacerdotes y seglares—, a lo largo de los años y de los cargos, le

ha llevado a impulsar, a animar y a encauzar, nunca a frenar, manipular o dirigir, a los demás en direcciones no deseadas.

El Concilio de la renovación

Al Concilio Vaticano se le atribuye una causalidad casi infinita: es el responsable, la medida, el punto de comparación de todo lo bueno y lo nefasto sucedido en la Iglesia durante estos últimos años. Una historia serena y pormenorizada será capaz de individualizar las tensiones y fermentos existentes antes del Concilio y la energía e iniciativas desencadenadas con motivo de la magna asamblea. En cualquier caso, no cabe duda de que el tema litúrgico constituyó un desencadenante decisivo de las ansias renovadoras existentes. Las diversas tendencias y sensibilidades presentes en la comunidad cristiana, que se caracterizaban por sus eclesiologías, por sus posturas político-sociales, por sus concepciones sacramentales... diferentes, surgirán y se contrapondrán con motivo del tema litúrgico, aparentemente tan poco conflictivo.

La Iglesia española no se encontraba muy preparada para el acontecimiento conciliar, tal como se demostró a lo largo de las intervenciones episcopales durante las cuatro sesiones. Fueron dignas, pero apenas aportaron nada al debate y al estudio de los documentos. Y, sin embargo, resultó sorprendente e inesperado el entusiasmo con que se acogió el nuevo espíritu, y la rapidez y valentía con que sacerdotes y pueblo pusieron manos a la obra de renovación y adaptación. Contra lo previsible, el peligro no estaba en que no se quisiera acoger lo dispuesto en el Concilio, sino que se

fuera demasiado de prisa, sin las cautelas y distinguos necesarios.

El cardenal Tarancón dirigió la reforma litúrgica en España a través de la Comisión Episcopal correspondiente. La tarea era ardua considerada en sí misma y en relación con las circunstancias españolas. Su bienhacer le allanó las dificultades. No cabe duda de que la nueva comprensión de los signos, la traducción de los textos, la renovación de los ritos favoreció una entusiasta y *activa* participación de los cristianos en los actos fundamentales de expresión de su fe.

Esta presidencia le valió al cardenal la elección a la Academia de la Lengua. En realidad, su aportación fue más allá de los méritos lingüísticos que siempre han acompañado a las traducciones de los libros litúrgicos y que tanto han influido en la evolución de los idiomas. Simboliza la aceptación del espíritu del Concilio aparentemente tan difícil de ser recibido por una Iglesia que era considerada anquilosada y retrógrada y que, sin embargo, lo estudió y aceptó sin reticencia ni dificultad. Evidentemente, no todo fue mérito de Tarancón, pero no cabe duda de que puede ser considerado exponente privilegiado de esta necesidad sentida de cambio, de renovación y transformación de un cristianismo encamado y vivido, pero, a menudo, intransigente, formalista y anacrónico.

Porque aunque él pasó inadvertido durante el desarrollo del Concilio —aunque hoy resultan muy interesantes los postulados que envió a Roma antes de su celebración—, no cabe duda de que captó, aceptó y puso en práctica las grandes intuiciones conciliares: la eclesiología más cercana a las fuentes del Nuevo Testamento y del mundo actual, la concepción de Iglesia como Pueblo de Dios, comunidad fraternal corresponsable, comprometida

con la historia y con los hombres, dialogante, respetuosa y servicial respecto al mundo. Su actuación desde entonces ha estado marcada por estos principios, sin los cuales no podríamos comprender lo que hoy consideramos sus logros y aportaciones más decisivos y sugerentes.

A propósito de la Asamblea Conjunta

Cuando se desea recapitular el camino recorrido, cuando se quiere determinar los puntos de inflexión de la evolución reciente de la Iglesia española, todos se fijan en septiembre de 1971, en la celebración de la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes. Todo era posible en ese momento: los grupos radicales dominaban las escenas marginales y ocupaban la atención. Por una parte, la encuesta realizada entre más de 17.000 sacerdotes diocesanos había ofrecido una imagen del clero que nadie esperaba y que preocupó a muchos: desconcertado, inseguro en su formación teológica, poco identificado con la postura de la Iglesia española en relación con lo social y político, descontento con la imagen del sacerdote tradicional y bastante desconectado de la jerarquía, se inclinaba por opciones políticas progresistas, entonces impensables. Aparecía en la encuesta un clero problematizado y dividido: dos teologías distintas, dos maneras de entender la autoridad, dos visiones del mundo, del sacerdocio y de la vocación, dos estilos filosóficos de pensar. Por otra parte, un sector representativo del clero mantenía vivo el convencimiento originado durante la guerra civil, al amparo de la persecución y los asesinatos, y no comprendía otra actitud eclesial que la de la colaboración y mutuo apoyo con

el régimen político surgido de aquella triste y sangrienta contienda.

El episcopado demostró su valentía al aceptar el reto de la celebración de esta Asamblea, que, necesariamente, iba a poner sobre el tapete la división y dificultades existentes. Pero dependía del modo de llevar adelante las sesiones, de la capacidad de diálogo y moderación, el que todo acabase en agua y borrajas o que constituyese un paso importante hacia la clarificación de tantos problemas intra y extraeclesiales.

Todos recordamos aquellos días angustiosos: el Gobierno y sus medios de comunicación social descalificaron tajantemente los documentos y las discusiones de la Asamblea, y, mucho más grave aún, parecía que la misma Santa Sede la consideraba peligrosa y desviada. Fueron momentos de desconcierto. Entonces surgió la figura del cardenal Tarancón: habló con unos y otros, viajó a Roma y se encontró con el secretario de Estado y con Pablo VI, aclaró malentendidos, desveló maniobras inconfesables, devolvió la paz a una Iglesia que buscaba un nuevo camino y que no podía ser defraudada en sus primeros pasos. El cardenal no era prepotente, siguió siempre la máxima italiana: «Vincere sì, ma non extravincere», quiso convencer, seguro como estaba de sus argumentos, y orientar a la Iglesia según el rumbo que consideraba necesario y deseado por la mayoría. Quiso integrar a las diversas corrientes y tendencias, pero esta tarea resultaba casi imposible durante los primeros años setenta. «Cuando empezaron a afianzarse tendencias distintas dentro de la Iglesia, tanto respecto al ritmo de aplicación de las orientaciones conciliares a nuestra patria como a las relaciones que la Iglesia debía mantener con el régimen —habían precedido unos años de 'autocrítica' y de 'contestación' intra-

eclesial que es lo que provocó la necesidad de celebrar la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes—, tanto los obispos como los sacerdotes estábamos 'etiquetados': abiertos, cerrados, conservadores, progresistas, etc. Y por muchos esfuerzos que uno hiciera para ser y aparecer sencillamente evangélico, nadie se libraba de esa clasificación., que era casi tenida como dogma de fe por cada una de las tendencias»¹.

Al cardenal le han acusado, a menudo, de frivolidad, de pasividad, de no querer enfrentarse con los conflictos. En realidad, ha buscado siempre aunar voluntades, convencer y demostrar. El suyo ha sido, fundamentalmente, un ministerio de reconciliación.

Presidente y orientador de la Conferencia Episcopal

Uno de los aspectos más renovadores y con más influjo a la larga del Vaticano II fue la creación y potenciación de las Conferencias Episcopales. Quedaban lejos los tiempos de los cismas de las Iglesias nacionales y parecía necesario equilibrar la *centralización* romana con una potenciación de las Iglesias locales que diera lugar a una aportación enriquecedora de las costumbres, características y problemática de las diversas comunidades.

España y la Iglesia española vivían a finales de los sesenta las dificultades que acompañan a todo cambio profundo, que en aquellos años se intuía más que se experimentaba. El papel del Episcopado como cuerpo podía

resultar decisivo no sólo en la esfera eclesiástica, sino también en la social y política, ya que todos eran conscientes de que una transformación en la mentalidad religiosa y eclesiástica tendría consecuencias decisivas en la estructura política.

Escribe el cardenal aludiendo al Gobierno de entonces: «Un detalle muy significativo que demuestra esa postura fue el que diesen una importancia decisiva a la Conferencia Episcopal de los años sesenta, cuando creían que les era favorable, hasta intentar exigir que en los temas de carácter general no hablasen los obispos, sino la Conferencia, y la desconfianza en la misma, en los años setenta, cuando creyeron que ésta mantenía la postura de independencia de la autoridad civil.» Sin embargo, hoy podemos decir que a medida que las actividades de la Conferencia provocaban el rechazo de los políticos, atraían a buena parte de las comunidades y del clero, activaban la vida religiosa, dirigían y encauzaban una Iglesia en plena ebullición.

El cardenal Tarancón, elegido presidente durante tres veces consecutivas, dirigió, durante once años conflictivos y decisivos, el cambio de la Iglesia. Desde 1971 a 1981, este hombre supo comprender el reto que el Concilio, la modernidad y el cambio sociopolítico dirigían a un Episcopado, al principio anciano y profundamente impactado por la experiencia republicana y bélica, que fue renovándose y adaptándose a las directrices de Pablo VI. Porque creo que no quitamos mérito al cardenal y nos acercamos bastante a la verdad si lo definimos como un buen ejecutor de la política eclesiástica de este gran Pontífice. De hecho, no podríamos comprender la evolución de la Conferencia Episcopal, su cambio de signo, si no

¹ Las citas del cardenal Tarancón están tomadas de unas reflexiones publicadas en el boletín del «Seminario de Historia de la Iglesia Contemporánea» del Seminario de Madrid, con el título *Cincuenta años de sacerdocio en España*.

Añoberos», de la publicación del documento sobre «La Iglesia y la comunidad política» o el relacionado con «La reconciliación en la Iglesia y en la sociedad», los días del asesinato del almirante Carrero.

No se trataba de ingratitud —como acusó Carrero en su famoso discurso— ni de abandono de la barca cuando el peligro arreciaba, sino de la atenta escucha a la opinión mayoritaria de la comunidad eclesiástica, comprensión del espíritu dominante en la Asamblea conciliar, aceptación del pensamiento de Pablo VI. «A mí me achacaban ^—afirma Tarancón— que 'era la voz de Pablo VI', y que me empeñaba en realizar en España las directrices de la Santa Sede, en contra, según ellos, de los intereses de España. Eran muy propensos a confundir el régimen y aun su misma permanencia como ministros con España: sus intereses eran los intereses de España y, cómo no, los intereses de la Iglesia, de la que se consideraban hijos fieles y devotísimos.»

Quiero señalar la comprensión y el buen entendimiento mutuo entre Pablo VI y nuestro cardenal, quien siempre hablará del Papa con admiración y entusiasmo: «Se ha dicho que Pablo VI era dubitativo y más bien seco en sus relaciones con los demás. Yo puedo asegurar que le he visto muy decidido en momentos importantes, y de él he recibido aliento y fortaleza, en no pocas ocasiones, cuando yo me sentía un poco abrumado por el oleaje airado que se levantaba en determinadas ocasiones, incluso en ambientes eclesiales.» Han sido dos personalidades que han amado a la Iglesia más que a nada, que no han impuesto sus criterios, sino que, más bien, han escuchado con atención y con respeto la palpitación eclesial, las necesidades y aspiraciones del pueblo de Dios.

El enfrentamiento de la Iglesia y del régimen anterior se debió fundamentalmente a esa escucha. La jerarquía eclesiástica fue consciente de la necesidad del cambio, mientras que la estructura política se mantuvo anquilosada, por lo que el choque resultó inevitable. Creo que se puede afirmar que la Iglesia española, en muchos aspectos, precedió y favoreció el cambio. Hoy podemos decir que muchos de los dirigentes de los partidos, sindicatos y grupos sociales han sido formados en ámbitos cercanos a la Iglesia, aunque ahora les cueste aceptarlo. La Iglesia no hacía política directa, pero indudablemente favoreció la reflexión y la profundización en unas ideas que desembocaban en el cambio político. Tarancón, una vez más, no hizo nada que tuviese como objetivo la evolución política, pero no cabe duda de que su acción fue importante y decisiva, a veces, en esta dirección.

Una Iglesia libre en un Estado libre

La historia constitucional española nos enseña que todos los textos fundamentales consagraron la confesionalidad del Estado. Desde los Concilios de Toledo hasta nuestros días, Iglesia y Estado han permanecido unidos y, a menudo, mezclados y confundidos. Cádiz afirmó que la religión del Estado «es y será» la católica y las Leyes Fundamentales afirmaban que su norte sería la doctrina católica. Sólo en algunos momentos conflictivos y dolorosos se había apartado la política de esta tradición.

En este marco brilla con más fuerza la homilía del 27 de noviembre de 1975. Recordemos la situación fluida e imprevisible. Creo que es la prime-

integrásemos también la labor paciente y coherente del nuncio apostólico, Mons. Dadaglio, quien renovó buena parte del Episcopado, nombrando tal vez no los mejores, pero, en cualquier caso, personas que participaban de esta sensibilidad y orientación. El cambio de mentalidad del Episcopado y del clero español constituye uno de los aspectos más espectaculares de esta transición.

Desde la corta pero suficiente perspectiva actual podemos afirmar que la Iglesia dirigida por el cardenal ha sido un elemento importante para conseguir que la transición no degenerase en lucha ideológica ó religiosa y que pudiese hacerse con una paz relativa. Tal vez fue necesario un cierto protagonismo inicial que desembocaría en un repliegue a su pura función religiosa.

Sus relaciones con el poder político

Al presentar su dimisión, el cardenal llevaba treinta y siete años de episcopado, había presidido diócesis tan importantes como Oviedo y Toledo, había escrito pastorales que impactaron a la opinión pública. Pero creo que se puede afirmar que era conocido, sobre todo, a causa de sus relaciones con el poder, en ocasión de algunos sucesos conflictivos, y con motivo de su homilía en la iglesia de San Jerónimo. Se podrá decir que resulta injusto reducir un largo, denso y fructuoso pontificado a unos hechos que, a veces, ni siquiera eran de índole es-strictamene religiosa; pero no me cabe duda de que era así con relación al español medio. Además, no resulta tan baladí si admitimos que esta evolución en las relaciones Iglesia-Estado, el despegue de la Iglesia de una postura que hoy se llama nacional-católica,

pero que representa una actitud pluri-secular de apoyo mutuo, constituye uno de los acontecimientos más significativos de este siglo.

Siendo obispo de Solsona, en 1947, escribió la pastoral «El pan nuestro de cada día» denunciando una realidad social injusta y defendiendo a quienes no podían defenderse por sí mismos. La reacción negativa fue inmediata; dijeron públicamente que se metía en cuestiones políticas que no eran de su incumbencia, y hasta le llamaron «rojo» y «comunista», porque la consideraron como un ataque al régimen. Esta pastoral se le atragantó a muchos políticos, y Tarancón, de hecho, permaneció durante dieciocho años en la pequeña diócesis catalana a pesar de que era considerado como una de las personalidades más interesantes del episcopado.

Esto no cambió su talante ni su actitud. Continuó siendo libre, pero no polémico, comprensivo con las diversas opciones políticas, pero sin convertirse en ningún momento en banderín o tapadera de ninguna opción. «En más de una ocasión —escribe— he tenido que atajar el razonamiento de algún ministro para decirle: tenga en cuenta que el obispo soy yo; usted es el ministro. Yo le acepto los razonamientos políticos que usted me haga y comprendo su posición en defensa del Estado y del régimen, pero soy yo el que he de señalar y defender la postura de la Iglesia ante la problemática actual.»

Siendo presidente de la Conferencia Episcopal y arzobispo de Madrid tuvo que afrontar una y otra vez incomprensiones y desaires por parte del poder político: eran los días, meses y años de las homilías multadas, de las acusaciones a sacerdotes, de los allanamientos de edificios eclesiásticos. Fue el momento fronterizo del «caso

ra vez que el cardenal Tarancón toma en solitario la batuta, señala la dirección, marca unos objetivos. Es verdad que también en esta ocasión fue fiel al sentir y deseo de «u pueblo, manifestado de mil maneras a lo largo de los años precedentes, pero no cabe duda de que la apuesta fue valiente y, en cierto sentido, realizada en solitario. Me voy a permitir señalar algunos párrafos que, en su simplicidad, señalan la distancia con la situación anterior y los deseos de una nueva relación:

«La fe cristiana no es una ideología política ni puede ser identificada por ninguna de ellas, dado que ningún sistema social o político puede agotar la riqueza del Evangelio ni pertenece a la misión de la Iglesia presentar opciones o soluciones concretas de gobierno en los campos temporales de las ciencias sociales, económicas o políticas. La Iglesia no patrocina ninguna forma ni ideología política, y si alguien utiliza su nombre para cubrir sus banderías, está usurpándolo manifiestamente.»

«La Iglesia nunca determinará qué autoridades deben gobernar, pero sí exigirá a todas que estén al servicio de la comunidad entera, que respeten sin discriminaciones ni privilegios los derechos de las personas.»

«La Iglesia no pide ningún tipo de privilegio. Pide que se le reconozca la libertad que proclama para todos; pide el derecho de predicar el Evangelio entero, incluso cuando su predicación pueda resultar crítica para la sociedad concreta en que se anuncia...»

«Pido para vos acierto y discreción para abrir caminos del futuro de la patria, para que, de acuerdo con la naturaleza humana y la voluntad de Dios, las estructuras jurídico-políticas ofrezcan a todos los ciudadanos la po-

sibilidad de participar libre y activamente en la vida del país...»

«Pido, finalmente, señor, que nosotros, como hombres de Iglesia, y vos, como hombre de gobierno, acertemos en unas relaciones que respeten la mutua autonomía y libertad, sin que ello obste nunca para la mutua y fecunda colaboración desde los respectivos campos.»

Habitualmente ha sido el Estado quien en los diversos países europeos ha roto con la Iglesia y ha legislado la separación. Aquí fue la Iglesia la que se adelantó y pidió, en cierto sentido, volver al derecho común. Evidentemente, resulta más difícil decidirlo que asumirlo y establecer después una praxis aceptable. De hecho, tendrán que pasar todavía bastantes años antes de que consigamos establecer un equilibrio estable, libre y liberador, que supere las tentaciones perennes: ni nacio-nal-catolicismo ni nacional-socialismo, ni laicismo ni confesionalidad. Una Iglesia libre, pues, en un Estado libre, en el que jueguen no sólo los partidos, sino las diversas fuerzas sociales. «Me he convencido —afirma el cardenal—, a lo largo de mis experiencias en este campo, de que la jerarquía debe dialogar con todos, también con los partidos políticos, sean de la tendencia que fueran, sin vincularse a nadie y sin permitir que, incluso con buena intención, la instrumentalicen en favor de una tendencia.» Y, más adelante: «En la época de transición a la democracia he tenido contactos con autoridades para aclarar que la Iglesia no quería tomar partido ni entrar en la lucha por el poder y evitar a todo trance que se polarizasen las fuerzas políticas en torno a la Iglesia, como tantas veces ha ocurrido en la historia de nuestra patria.»

Esta actitud puede explicar el rechazo del cardenal a respaldar parti-

dos determinados, aunque defendiesen programas cercanos a la Iglesia. Había que defender una sociedad fuerte y madura en la que fuesen posibles diversos cauces de participación. Representaba un paso más en el largo caminar de la Iglesia: primero se apoyó en la fuerza del Estado, en el brazo secular de monarquías confesional-mente católicas. Después, a partir de León XIII, favorecerá los partidos cristianos que defenderán los derechos de la Iglesia, a pesar de que esto significaba que unos partidos políticos podían identificarse con la Iglesia, pero otros agrupaban a quienes rechazaban o se sentían rechazados por esta Iglesia. Ahora, los cristianos, al votar a todos los partidos, que procurarían no enfrentarse con esta Iglesia, podían defender en los diversos espacios políticos lo que les exigía su fe. La apuesta era fuerte, el peligro de ambigüedad era grande, pero no cabe duda de que se adquiría una libertad antes desconocida. Claro que esto exigía, como contrapartida, que los partidos tolerasen en su seno el voto de conciencia, y no siempre ha sido así. Paradójicamente, la Iglesia concedía a sus fieles una libertad que muchos partidos no estaban dispuestos a otorgar a los suyos.

No al integrismo

Al reflexionar sobre nuestro pasado cercano tenemos que preguntarnos qué ha cambiado realmente en nuestra sociedad eclesial más allá de lo escandaloso y llamativo, que suele resultar marginal. Yo diría que se trata de un talante, de un modo de relacionarse con la sociedad, de una autocomprensión de la propia presencia, nueva y revolucionaria.

Ha desaparecido esa Iglesia majes-

tuosa y alejada, formalista, preocupada sólo por los -peligros y asechanzas que la rodeaban, esa Iglesia monolítica, identificada con unas opciones políticas contingentes y unos estereotipos de pensamiento. En una palabra: la Iglesia que aparece en nuestra historia identificada en buena parte con el integrismo, ese movimiento y esa actitud que, ciertamente, no ha desaparecido de nuestro entorno, pero que se ha convertido en marginal.

Y también en esto, tal vez más que nada en este aspecto, Tarancón resulta paradigmático. Yo me atrevería a decir que su formación y su reacción espontánea es tradicional y conservadora como la de sus hermanos en el episcopado de hace años, pero su talante y su actitud constituyen un no rotundo al integrismo, a la tentación maniquea de ver la vida en función de buenos y malos, al impulso de encerrarse en sí mismo ante los peligros y lo desconocido.

Al hablar de los cambios de mentalidad recientemente experimentados, escribe: «Al obispo se le critica y se le 'contesta' aun en su presencia, y tiene que ganarse todos los días la confianza y el respeto de los sacerdotes y de los seglares. Por eso he dicho yo algunas veces que ser obispo se está poniendo cada día más difícil, aunque, si he de ser sincero, resulta más apasionante. Porque te sientes continuamente estimulado a superarte, a no proceder ni mandar a la ligera, a atar todos los cabos para merecer la confianza y el ¡respeto.» Creo que en este párrafo podemos encontrar la clave de una actuación y, en resumen, del éxito de su misión: esa capacidad de escucha, esa sensibilidad para captar y conectar con los problemas reales, la decisión de no arrasar el pluralismo, sino de aprovecharse de sus posibilidades y de intentar encauzarlo a pesar

de sus dificultades y de la aparente confusión resultante.

Esta actitud explica su actuación en la Asamblea Conjunta, sus relaciones con el régimen anterior, su aceptación de la democracia, su reacción ante la nueva Constitución, su estilo de go-

bierno diocesano, sus relaciones con los sacerdotes, su aceptación de un nuevo modelo de seminario. Ha sido, al mismo tiempo, constructor y termómetro de una época, artífice y testigo del cambio.

J. M. L. *

* Vicario de Pastoral Universitaria. Catedrático de la Universidad de Comillas.